

Vivir el Adviento

Bernabé Dalmau



Emaús 73

Bernabé Dalmau

Vivir el Adviento

Bernabé Dalmau, *Vivir el Adviento* (Emaús 73),
Barcelona: CPL 2006

Colección Emaús 73
Centre de Pastoral Litúrgica

Índice

Acción de gracias por la venida de Jesucristo	7
Motivos de acción de gracias	7
Orígenes del Adviento	10
Tiempo de súplica: ¡Ven!	13
Tiempo de esperanza: Que no quede confundido	14
Tiempo de atención: ¡Velad!	19
La voz de los clásicos de ayer: Las tres venidas de Cristo, por san Bernardo.....	20
El reto de los clásicos de hoy: El Pórtico del misterio de la segunda virtud, por Charles Péguy	22
A quien todos los profetas anunciaron	23
El Deseado de las naciones	23
Los oráculos de los profetas.....	28
Isaías, el quinto evangelio	33
Cinco salmos típicos del Adviento	34
La voz de los clásicos de ayer: san Agustín, san Jerónimo	42
El reto de los clásicos de hoy: ¿Quiénes son los profetas?, por Marie-Dominique Chenu	45
El mensaje del arte: Los cuatro profetas mayores, de Josep Llimona.....	48
A quien la Virgen esperó con inefable amor de Madre	51
En la noche de la espera, la acción del Dios Amor ..	51
El Adviento de María, una espera llena de amor.....	53
La llena de amor, llena de gracia desde el principio	58

La voz de los clásicos de ayer: María y la Iglesia, vírgenes y madres, por Isaac de la Estrella.....	60
El reto de los clásicos de hoy: la Virgen era la ino- cencia, por Georges Bernanos	61
La poesía hecha oración: El himno Acatisto	63
Juan lo proclamó ya próximo	67
Juan, personaje del Adviento.....	67
Juan, el Bautista	68
Juan, el precursor	69
Juan, paradigma de una humanidad en estado de Adviento	71
La voz de los clásicos de ayer: Juan nos interpela, por san Máximo de Turín	72
El reto de los clásicos de hoy: Juan el precursor, por Jean Daniélou	73
El lenguaje de la música: El Mesías, de Händel	74
Prepararnos con alegría al misterio de su nacimiento	79
La preparación remota: la tres primeras semanas	79
La preparación próxima: la última semana	84
La voz de los clásicos de ayer: El belén de Greccio, por Tomás de Celano	99
El reto de los clásicos de hoy: Cristo está a la puer- ta llamando, por el abad de Montserrat Josep M. Soler	101
La piedad popular: La corona de Adviento, el belén y el árbol de Navidad.....	104
Velando en oración y cantando su alabanza	107

Orígenes del Adviento

Al estar acostumbrados a establecer un paralelismo entre Cuaresma-Pascua y Adviento-Navidad, podemos desvirtuar el sentido del Adviento. Es indiscutible que el Adviento es un tiempo de preparación para una gran fiesta. Es indudable

que es tiempo de conversión, como nos lo recuerda la figura central que ocupa Juan el Bautista. También es verdad que es tiempo litúrgico austero, simbolizado por el color morado (aunque durante la reforma del Vaticano II se había hablado de cambiarlo por el verde).

A pesar de esas correspondencias entre Adviento y Cuaresma, son mayores las diferencias que las coincidencias. Veámoslas.

El Adviento no es propiamente un tiempo penitencial. No es un tiempo –a diferencia de la Cuaresma– en el que el ayuno, tomado en el sentido más amplio, lo aglutine todo. Incluso etimológicamente –*Quadragesima*–, la Cuaresma se caracteriza por los cuarenta días de ayuno, con toda la espiritualidad que el número cuarenta contiene en la Biblia: fueron cuarenta los años del pueblo por el desierto, los días de la purificación que representó el Diluvio, los días que Moisés estuvo dentro de la nube, los días que Elías anduvo hasta la montaña de Dios, los días que Jesús pasó en el desierto para ser tentado. El tiempo de Adviento, en cambio, dura cuatro semanas, pero la cuarta puede ser de siete días... o sólo de uno (cuando Navidad cae en lunes).

Por tanto, el número de días del Adviento varía, y esta flexibilidad todavía se nota más si comparamos nuestra liturgia romana con otras occidentales. En la archidiócesis de Milán, por ejemplo, el Adviento empieza el domingo después de san Martín. En la antigua liturgia hispánica –la que testimonialmente todavía celebran en algunos lugares de Toledo– también tiene seis domingos.

Pero la sorpresa se hace bastante mayor cuando nos acercamos a las liturgias orientales. Si el calendario armenio conoce seis o siete semanas preparatorias a la fiesta de la Teofanía, el rito bizantino no empieza la preparación de la Navidad hasta el segundo domingo que precede a la fiesta. Una preparación que destaca a "todos los padres que fueron agradables a Dios, desde Adán a José, esposo de la santísima Madre de Dios", pero que, en cuanto a la duración, es del mismo estilo de las preparaciones de las fiestas de la Dormición de María

o de la Santa Cruz. El rito siríaco titula las semanas antes de Navidad "semanas de las anunciaciones": a Zacarías, a María, el nacimiento de Juan y el anuncio a José.

Así pues, ninguna liturgia oriental ha constituido un ciclo de Adviento que, como el de la liturgia romana, tome la espera mesiánica en toda su amplitud e indeterminación. El Adviento romano propiamente dicho no aparece hasta la segunda mitad del siglo VI y se convierte desde el inicio en una institución litúrgica a través de textos *ad hoc*, mientras que en las demás liturgias prevalecen las consideraciones ascéticas.

Sea como fuere, la consideración del Adviento desde el punto de vista histórico no puede prescindir ni de la referencia a la fiesta —a las fiestas— que prepara ni del contenido de la misma celebración. En efecto, la palabra *Adventus* designa originariamente el retorno anual que en la antigüedad pagana se esperaba de la divinidad, especialmente cuando se trasladaba su estatua, para la ocasión, a un templo más grande. Con el culto imperial, esta noción se amplió hasta designar el aniversario del advenimiento del emperador.

La venida del Señor "en la pequeñez de su carne" con referencia a su retorno glorioso al fin de los tiempos dio contenido a unas fiestas con que fue cristianizado, en el siglo V, el *adventus* o *natalis solis invicti*. Todavía hoy, destaca, en medio de la riqueza doctrinal de nuestros ciclos litúrgicos, el solemne introito de la Epifanía:

"Mirad que llega el Señor del señorío (*ecce advenit*): en su mano está el reino, y la potestad y el imperio".

La importancia del Adviento crece en relación con la importancia de la Navidad, cuando en el siglo VII en Roma adopta la forma más de tiempo litúrgico que de tiempo ascético, más de preparación al Nacimiento del Señor que de austeridad de cara a los bautismos típicos del día de la Epifanía. Se va llenando del contenido de tiempo de esperanza y de tiempo de expectación del retorno glorioso. Sin perder su carácter típico, en la época carolingia el Adviento romano

sentirá la influencia ascética propia de la liturgia galicana y quedarán fijados para siempre los dos aspectos litúrgicos de una preparación al aniversario del nacimiento del Señor (su primer advenimiento) y de espera de su Parusía (el segundo advenimiento).

Tiempo de súplica: ¡Ven!

Para los filarmónicos, las disonancias del grito “¡Ven!” con que se inicia la intervención coral de la cantata navideña de Arthur Honnegger (1892-1955) o la amplitud del comienzo del “Veni, Domine!” de Felix Mendelssohn (1809-1847) pueden sugerir el clamor de la humanidad esperando la venida del Salvador.

Pero, además, el creyente puede encontrar esa súplica insistente en muchos pasajes de la Escritura, que expresan el anhelo del pueblo o del simple fiel de que Dios venga, que se haga presente. Por ejemplo, Moisés, al recibir las tablas de la Ley suplica al Señor:

“Si gozo de tu favor, venga mi Señor con nosotros, aunque seamos un pueblo testarudo; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya” (Ex 34,9).

Otras veces dicho clamor adquiere un tono más fuerte, porque la situación de desgracia hace más imperiosa la necesidad de la ayuda divina. Es lo que hallamos en las súplicas de los salmos (35/34,2; 40/39,14; 44/43,27). Uno de estos salmos (80/79,3.15), con su llamada concisa (“Ven a salvarnos”) resume todo el espíritu del Adviento y ha influido en la redacción de oraciones y antífonas (cf. pàg. 38). Una de estas últimas se inspira en el lenguaje del Sl 106/105,4-5 (“Ven a traerme tu salvación para que goce de la dicha de tus escogidos y me alegre con la alegría de tu pueblo” y de Is 38,3 (“Acuérdete que he procedido de acuerdo contigo, con corazón sincero e íntegro”, y se convierte en una petición confiada del pueblo:

“Ven, Señor, y danos tu paz; tu visita nos retornará a la

rectitud y podremos alegrarnos en tu presencia” (*Dom. II, I Vísperas*).

Pero no son sólo los salmos los inspiradores de esta exclamación. El Cantar de los cantares ya expresa la petición –veamos en ella el grito de la Iglesia– “Amado mío, ven” (7,12), que no es más que la correspondencia a las llamadas que le ha dirigido el Esposo (“Ven desde el Líbano, esposa mía, ven, baja del Líbano”, 4,8; cf. también 2,10.13).

De este contexto nupcial se hace eco el libro del Apocalipsis, dedicado a confortar a las comunidades y que al final describe una visión de futuro, en la que Jesús anuncia su venida como juez: “Voy a llegar en seguida, llevando mi salario para pagar a cada uno según sus obras” (22,12).

La Iglesia, firme en la constancia en las tribulaciones, anhela movida por el Espíritu la venida del Señor: “El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven! Diga el que escucha: ¡Ven!” (22,17). Y la Biblia concluye con el deseo: “¡Ven, Señor Jesús!” (22,20).

Tiempo de esperanza: Que no quede confundido

No puede sorprender a nadie que la antifona de introducción del Domingo I de Adviento sea un grito de esperanza:

“Ati, Señor, levanto mi alma: Dios mío, en ti confío; no quede yo defraudado; que no triunfen de mí mis enemigos, pues los que esperan en ti no quedan defraudados” (Sl 25/24,1-2).

La tradición de la Iglesia, al iniciar este tiempo litúrgico, lanza el grito de confianza de quienes todo lo esperan del Señor, de ese Señor que ha venido, que viene y que también ha de venir. La segunda venida de Jesucristo –la parusía– es el término de la esperanza de la Iglesia. Una venida en la gloria que traerá el juicio definitivo de Dios sobre el mundo y la liberación en la Iglesia de todo cuanto todavía la puede ligar a este mundo, pues el cielo nuevo y la tierra nueva (cf. Ap 21,1) serán el término de un largo peregrinar:

“La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo y en la que conseguimos la santidad por la gracia de Dios, sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo. Tendrá esto lugar cuando llegue el tiempo de la restauración universal (Hch 3,21) y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo (cf. Ef 1,10; Col 1,20; 2Pe 3,10-13). [...] El final de la historia ha llegado ya a nosotros (cf. 1Cor 10,11) y la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra en los que habite la justicia (cf. 2Pe 3,13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rom 8,19-22)” (*Lumen gentium*, 48).

En los sacramentos y en las instituciones. En el día a día de la vida de los cristianos eso se traduce en la expectación del futuro, en confianza en el caminar y en fortaleza y paciencia en la lucha. En efecto, el cristiano, como cualquier persona, se debate entre la desesperación y la esperanza. Participa como todos de las propias limitaciones y de la aventura de la historia humana, que ofrece luz y sombras en cada época. Participa igualmente de la fortaleza y al mismo tiempo de la debilidad de la fe, que le proporcionan, por un lado, aliento para la esperanza y a la vez tentaciones contra la esperanza, tentaciones que tiene que superar. La superación de los obstáculos que, como hombres y mujeres de nuestro tiempo, tenemos y la de los que nos vienen por ser creyentes, es lo que nos hace posible no sólo mantenernos cristianos sino también aportar a nuestro mundo el testimonio de una esperanza firme.

Aunque el cristiano se debata entre la desesperación y la esperanza, es esta última la que el Adviento estimula, y por ello tenemos que acercarnos a las raíces bíblicas de la esperanza, e incluso reseguir la historia de la salvación desde el punto de vista de la esperanza. Es fácil insinuar unas etapas,

en las que a la desidia humana le corresponde la bondad de Dios, que suscita personas buenas:

- la caída del primer hombre y la primera mujer termina con un anuncio de restauración de la dignidad personal que habían perdido: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo” (Gn 3,15);
- entre la humanidad pecadora surge un justo, Abrahán, que escucha y obedece a Dios;
- los descendientes de los patriarcas que habían confiado en la promesa de Dios son liberados del Faraón y recibirán en herencia una tierra “que mana leche y miel” (Ex 3,8);
- después de los caudillos Moisés y Josué, en los que la revelación de Dios y la liberación del pueblo se hace patente, la figura del rey David recibe la promesa de que Dios le construirá una casa;
- los profetas y los salmos, que se expresan en medio de situaciones de apuro, anuncian una obra mesiánica de pacificación;
- Jesús viene a cumplir las expectativas, pero por un camino que se aparta del Mesías hecho a medida de las necesidades políticas de Israel.

Que esas expectativas existían, lo muestra la predicación apostólica, que a través de los diversos géneros de los libros del Nuevo Testamento, muestra cómo el plan de Dios pasa por el Mesías sufriente y glorificado. De rechazo, esta enseñanza central barre todas las falsas esperanzas a través de las cuales los discípulos, a lo largo de los siglos, sentirán la tentación de interpretar el mesianismo. Dios nos salva en la esperanza. Cualquier visión de la salvación que la presente como ya totalmente cumplida en el mundo presente pecará por olvidar que estamos salvados por Jesucristo pero todavía no se ha manifestado plenamente lo que san Pablo denomina “la gloria de los hijos de Dios” (Rom 8,19).

Pues bien, todo eso es lo que celebra el Adviento. Lo hace, a menudo, en los cantos, a través del recurso al Antiguo Testamento. En efecto, la Antigua Alianza es una expectación mesiánica que expresa la esperanza que animó al Pueblo de Dios. Una expectación que nace cuando Israel adquiere conciencia nacional y experimenta las insuficiencias y las contradicciones de sus caudillos y de sus reyes. Si, de una u otra forma el Mesías del futuro será un nuevo David, también la Revelación dibuja, como Mesías, a un Siervo del Señor –y a un Siervo doliente– como profeta. Con la venida de Jesús, nos encontramos con el hombre que puede afirmar: “Aquí hay uno que es más importante que Jonás” (el profeta); “Aquí hay uno que es más importante que Salomón” (el rey) (Mt 12,41-42).

A través del Adviento, la Iglesia participa de las expectativas del pasado y se abre a la esperanza del futuro. Pero integra dichas esperanzas, tan unidas siempre a las penas, en el presente de su encarnación en el mundo:

“El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón” (*Gaudium et spes*, 1).

Este encabezamiento –realmente genial– de uno de los principales textos del Vaticano II nos sumerge en la realidad de una Iglesia que forma parte del mundo y que cuando celebra el Adviento no se sitúa en un universo ficticio, porque se siente portadora de un don precioso que tiene que comunicar, el cual no es otro que el de la esperanza que proviene de la vida en Jesucristo.

Además, hay que advertir que la esperanza nace no sólo en medio de la insatisfacción o del desánimo, sino sobre todo cuando la oscuridad es absoluta. En este sentido, la angustia de los que esperan al Salvador entronca con el deseo del mismo Jesús de que se cumpliera el Reino de Dios, deseo que se le fue haciendo más vehemente a medida que se acercaba

el momento de su pasión. Por tanto, una vez más nos encontramos con que todo el año litúrgico –incluso el Adviento que podría parecer que es el tiempo que queda más alejado de ello– gira alrededor del misterio pascual. Más aún: las palabras y las exclamaciones, tomadas de la Escritura, que configuran el Adviento coinciden con las del cristiano del siglo XXI, siglo en el que lo que sorprende es que haya creyentes, no que el mundo esté sumido en la incredulidad.

Una oración del viacrucis del año 2005 –que Juan Pablo II encargó al cardenal Ratzinger, quien pocas semanas después se convertiría en su sucesor como papa– expresa ante Cristo crucificado la esperanza de la humanidad en los mismos términos que hallamos en la liturgia de Adviento (“tu rostro”, “muéstrate”, “que se manifieste”, “tu salvación”...):

“Señor Jesucristo, en la hora de tu muerte se oscureció el sol. Constantemente estás siendo clavado en la cruz. Precisamente, en este momento histórico vivimos en la oscuridad de Dios. Por el gran sufrimiento, y por la maldad de los hombres, el rostro de Dios, tu rostro, aparece difuminado, irreconocible. Pero en la cruz te has hecho reconocer. Porque eres el que sufre y el que ama, eres el que ha sido ensalzado. Precisamente desde allí has triunfado. En esta hora de oscuridad y turbación, ayúdanos a reconocer tu rostro. A creer en ti y a seguirte en el momento de la necesidad y de las tinieblas. Muéstrate de nuevo al mundo en esta hora. Haz que se manifieste tu salvación”.

Mantener la esperanza es todo un programa de vida. La esperanza, junto con la fe y la caridad, ya la hemos recibido en el bautismo. Pero hay que mantenerla, alimentarla, porque, como escribió Ch. Péguy en una obra que se titula *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, la esperanza es “una niña pequeña”, que equivale a decir que es débil pero al mismo tiempo poderosa. Vivir en la esperanza no es algo clamoroso, ruidoso. Es una pacificación interior que proviene de la acción de Dios, y al mismo tiempo es capaz de dar sentido a la vida. Quien la obtiene irradia paz, alegría de vivir en presencia de Dios, anhelo de compartirlo todo con los hermanos.

Tiempo de atención: ¡Velad!

Esperar, pero sobre todo velar. Es de gran ayuda el que las palabras de Jesús sobre los últimos tiempos vayan acompañadas de la exhortación “Velad” (Mt 24,42; 25,13; Mc 13,33.35.37; Lc 21,36). Y el que, en el momento crucial de Getsemaní, se haga especialmente insistente (Mt 26,38.41; Mc 14,34.38). La atención habrá que mantenerla a lo largo de la vida cristiana, y por ello ocupa un lugar destacado en las recomendaciones apostólicas pastorales (Hch 20,28; 1Co 16,13; Heb 12,15–16; 1Pe 5,2.8). No menos pastoral resulta el evangelio según Mateo que coloca al final de su catequesis, es decir, antes de la narración de la pasión, las parábolas de vigilancia: la higuera (24,32-35; cf. Lc 21,29-33); los días de Noé (24,36-44); el siervo fiel y el infiel (24,45-50; cf. Lc 12,42-46); las diez “vírgenes” (25,1-13); los talentos (25,14-30; cf. Lc 19,11-27); el juicio final (25,31-46).

Sea como fuere, la vigilancia consiste en mantener viva la fe, sin caer en la apostasía. En la práctica, consiste en evitar retirarse del compromiso cristiano para hacer de la fe una simple religiosidad y así satisfacer simplemente anhelos personales de consuelo. Consiste, también, en no instalarse en un materialismo práctico que desemboque en una vida personal de aburguesamiento espiritual.

De ahí nacerá un espíritu de simplicidad y de pobreza que, en solidaridad con los pobres, hará entrar en sintonía con la espiritualidad de quienes, tal como nos repite el Adviento, esperaban la venida del Mesías, de aquellos pobres de Yahvé que, como dice el Vaticano II, esperan y reciben la salvación de Dios y entre los cuales destaca María (cf. *Lumen gentium*, 55).

Paradójicamente, esa pobreza da la fortaleza para decir no al Maligno y a todo lo que pueda apartar de Dios y de los hermanos, y se alimenta de la sobriedad y de la actitud religiosa mientras caminamos, construyendo el mundo, hacia la casa del Padre. Como, al fin y al cabo, el Adviento, con su

toque de atención a velar, es una síntesis de la vida cristiana presente, halla en la sobriedad el estatus que le permite sostenerse en la tensión entre el mundo presente y la gloria que ha de venir. No porque hayamos dicho que el Adviento no es propiamente un tiempo penitencial, es lícito interpretar que la austeridad y la sobriedad no tengan su lugar en el mismo. Al contrario, uno sólo puede esperar si se siente insatisfecho. Una de las principales proclamas de este tiempo litúrgico nos proviene de una carta pastoral:

“Porque ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres; enseñándonos a renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada, religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro: Jesucristo” (Tt 2,11-13).

El que la vigilancia cristiana no es algo estático, nos lo recuerda el prefacio que nos hace de hilo conductor: “Para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza”. Cosa no siempre fácil, porque para mantener la humilde vigilancia del corazón necesitamos suscitar la reacción ante las dificultades de la oración, demasiado a menudo asediada por la distracción y la sequedad. Por tanto, estará bien recordar que el Espíritu Santo es quien suscita la fe, la conversión del corazón y la adhesión a la voluntad del Padre.